



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 4.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.— Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 22 Enero 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.— Seis meses
42 rs.— Un año 80 rs.—Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Dámaso Delgado Lopez.—¿Qué dice la vecindad? por D. Nicolás Diaz de Benjumea.—El hombre y la religion, por D. José N. Garnelo.—Pasion del amor, por Don Enrique Vivanco y Menchaca.—A.... (poesía), por D. Teodoro Martel.—A C.*** (poesía), por Don Félix Pizcueta.—Romance, por D. Eduardo Atard.—Ensanchando la cabeza se ha expropiado al corazon, por D. Antonio Flores: (conclusion).

Láminas. Vista de la Laguna (isla de Tenerife).—Vista de Richmond (Virginia).—Su Magestad Radama II, rey de Madagascar.

Mañana son los dias del Príncipe de Asturias D. Alfonso, dia de contento para el pueblo español que se asocia siempre á las alegrías de sus reyes, porque los ama con la tierna solicitud con que los hijos aman á sus padres.

La Redaccion del MUSEO LITERARIO envia á SS. MM. un respetuoso homenaje de cariño y eleva fervientes votos al cielo por que conserve largos años la vida del que ha de suceder en el trono de España á la benéfica Isabel y que será indudablemente un

modelo de Príncipes, aleccionado con las virtudes de sus augustos padres.

Á NUESTROS LECTORES.

El Museo Literario ha recibido la nueva honra de ver inscrito en la lista de sus suscritores el augusto nombre de S. M. el Rey, D. Francisco de Asís.

La lisonjera acogida que ha merecido nuestra publicacion, por parte de toda la familia real de España, habla muy alto en favor de nuestro semanario, y estamos decididos á corresponder al favor que nos ha dispensado el público desde que apareció por primera vez *El Museo*.

CRÓNICA DE TEATROS.

Bastantes estrenos ha habido en los teatros de la corte, y de cuyo éxito la prensa periódica nos hace diferentes apreciaciones.

La comedia original del Sr. Rada y Delgado, en tres actos y en verso, titulada *Dos madres y un solo amor*, estrenada en Variedades, ha obtenido un éxito bastante re-

gular, é igual suerte obtuvo la comedia en un acto, *Panchito*, primera produccion del jóven y modesto actor D. Ricardo Morales, cuya pieza, por su fácil versificación y algunos chistes en que abunda, ha proporcionado al autor ser llamado á la escena, por el numeroso público que llenaba todas las localidades del teatro de Variedades.

El dia 16 del corriente tambien se ha estrenado en dicho coliseo de Variedades el drama en cinco actos y en prosa, *El corazon en la mano*, original del conocido escritor y amigo nuestro D. Enrique Perez Escrich. El público, que llenaba por completo las localidades del favorecido teatro de la calle de la Magdalena, aplaudió repetidas veces las brillantes situaciones en que abunda toda la obra, y llamó con insistencia al autor á la escena, al final del segundo y quinto acto, no presentándose por no encontrarse en el teatro. La egecucion fue inmejorable, distinguiéndose especialmente el inspirado actor D. Julian Romea en el desempeño del difícil papel que le estaba confiado. Las señoras Palma y Diaz, y los Sres. Oltra y Morales no dejaron nada que desear.

En el mismo dia 16 se han estrenado en el teatro del Circo dos zarzuelas en un acto cada una: *Armonias conjugales* y *Ardides de amor*. Ambas fueron muy aceptables, y particularmente la música de la segunda, que es sentida y de bastante efecto, siendo el autor del libreto el Sr. D. Mariano Carreras y Gonzalez. Los actores que tomaron parte en la egecucion fueron todos justamente aplaudidos, y á la señorita Toda la hicieron re-

petir en *Ardides de amor* una canción que cantó con mucho acierto y con buen gusto.

Además se está ensayando en dicho teatro del Circo *La Velada de San Juan*, zarzuela cuya letra y música son de una distinguida y conocida señorita de la corte: y la zarzuela de niágia *La paloma azul*, para cuyo objeto ha ido su autor D. Rafael María Liern á la corte.

La noche del diez y ocho tuvo lugar en el régio coliseo la primera representación de la ópera del maestro Gunod, titulada *Fausto*.

Su ejecución ha sido un verdadero acontecimiento. El público entusiasmado tributó repetidos aplausos á los artistas que rivalizaron en deseos de complacer en el brillante desempeño de sus respectivos papeles: las señoras Spezzia y Grossi, así como el eminente Mario, que fascinó al público (como él solo sabe hacerlo), y el inimitable y característico artista Sr. Selva. El Sr. Aldighieri estuvo también á gran altura; en fin, los coros y orquestas como pocas veces se han hemos oído. El señor Ugalde ha confirmado una vez más el esquisito gusto y rara habilidad con que sabe disponer la escena: así como el señor Paris merece realmente la confianza que en él tiene la empresa respecto al gusto y verdadera oportunidad del vestuario.

No queremos terminar esta breve reseña de la brillante ejecución del *Faust*, sin recordar la admiración que causaron en el público las suntuosas decoraciones, el delicado gusto, el gran talento que el Sr. Ferri demostró anoche como pintor escenógrafo. El auditorio los llamó repetidas veces al palco escénico en medio de nutridos aplausos. Damos, finalmente, el parabien á la empresa, que con la función citada comienza seguramente un período musical en el cual han de sucederse los triunfos, si la autoridad pone coto á los escándalos que diariamente se reproducen en las altas regiones del teatro Real.

Ha llegado á Madrid Ana de Lagrange, la nunca olvidada por los concurrentes al teatro régio, la admirable en *Traviata*, la inimitable en *Gilda*, y la sublime en *Norma*.

Reseña nuestra crónica de los adelantos y de los triunfos de las artes, nos complace sobremedera consignar el brillante éxito que ha obtenido de el teatro italiano de París el barítono barcelonés Napoleon Verger, cantando la parte de Carlos V, en el *Hernani*, habiendo sido llamado repetidas veces á la escena.

En la ópera cómica de París se prepara la en tres actos titulada *José María*, cuya letra es de Mr. Cormon, y la música de Mr. Julio Cohen. ¿Irán á parodiar los franceses en la ópera las tragedias del bandido andaluz?

En este mes se anuncia el estreno en el teatro lírico de París de la ópera *L'aventurier* del príncipe Poniatowski, y después la de Mr. Barthe espuesta en el concurso celebrado sobre el libreto de *La fiancée d'Abidos*.

La ópera señalada como mejor por el Liceo de Florencia de todas las que han sido presentadas en el concurso, ha sido la del maestro Aresto Carlini, titulada *Una persecuzione*, y la cual será representada en todo este año en el teatro de *Pergola*.

En nuestros teatros hemos visto *La batalla de Damas*, *La carajada*, *Manolito Gazquez*, y *Deu, denau y noranta* perfectamente interpretadas por los artistas dramáticos.

Los *Magyares* y las *Memorias de un estudiante*, son las nuevas zarzuelas que se han puesto en esta quincena; la primera en el teatro de la Princesa, á beneficio de la primera tiple Sra. Santamaría, y la segunda en el teatro Principal. En una y en otra se han distinguido todos los artistas; en una y en otra han cantado muy bien su parte, y caracterizado sus papeles, y recibiendo buena cosecha de

aplausos. La Santamaría como siempre, muy bien, y la Rodríguez, Castro y Vicent, haciéndose aplaudir siempre, repitiéndose el coro de las monjas en las *Memorias de un estudiante*, lo mismo que la estudiantina del segundo acto. Bien pintada la época en que sucede la escena, el protagonista Sr. Carbonell es una buena y propia figura, desempeñando con verdad el carácter de un valiente y enamorado estudiante.

Se han repetido las óperas *Maria di Rohan*, *Poliuto* y *El Trovador*, y en esta segunda noche el tenor Boy logró que el público le escuchase con benevolencia. En nuestra crónica última no quisimos decir nada de este artista, pues en una sola noche, y la primera en que se presentó ante este público, no se podía juzgar con acierto de sus cualidades. Bastante regulares éstas, y con el timbre de su voz, sentido y simpático, confiamos en que en adelante logrará continuar agradando.

Ha llegado el nuevo bajo Marinozzi, y según nuestras noticias es bastante bueno, aunque sentiríamos que el recuerdo que ha dejado Cornago, le impida obtener en su debut, que parece será con el *Roberto*, un éxito satisfactorio.

Hemos querido dejar para lo último en nuestra crónica la representación de *El Alcalde de Zalamea*, de nuestro inmortal poeta D. Pedro Calderon de la Barca, y refundida por el autor de *El Tanto por ciento*, que en conmemoración del día del nacimiento de su autor, se ha puesto en escena en el teatro Principal.

Brillante y concurrido el teatro de la plaza de las Barcas, como siempre, la noche del 17, parecía que destellaba mas resplandor y encerraba mas belleza.

Levantada la cortina, principió la ejecución, y los artistas todos estuvieron en ella á una brillante altura. A todos quisiéramos citar porque todos estuvieron admirablemente; pero Mata, que representaba el Alcalde, y la Granados la hija de éste, y hasta por último, Medel, D. Lope de Figueroa, fueron los que se distinguieron en su ejecución, y aplaudidos con entusiasmo. Las ideas sublimes, los brillantes versos y hasta las palabras del genio de la obra, las recogía el auditorio con anhelante silencio, siguiendo el curso de la representación con un gozo indecible.

Concluida la comedia se abrió de nuevo la cortina, presentándose á la vista sobre un elegante templete el busto de Calderon de la Barca, y á uno y otro lado la numerosa comparsa de coristas de uno y otro sexo, cantando un himno compuesto por el maestro Ruiz, en honra del eminente poeta. Después se procedió á la lectura de varias poesías, empezando la señorita Granados por leer las de nuestro amigo el Sr. Labaila, á quien se prodigaron nutridos aplausos; después se leyó otra poesía del Sr. D. Joaquín Balcázar, por el galán joven Sr. Maza, que también fue muy aplaudida, y después otra por el actor Medel, dirigida por D. Lope de Figueroa, al insigne Calderon; que fue la que el público aplaudió mas estrepitosamente, concluyendo por último con unas décimas de D. Enrique Gaspar, recitadas por el primer actor Mata. En seguida se repitieron los coros, mientras los actores colocaban coronas de laurel en ofrenda del autor de *La vida es sueño*, al par que se desprendían de lo alto en papeles de color impresos los versos recitados, y brotaban de abajo y de todas partes multiplicadísimos aplausos en honor de el poeta que se conmemoraba, y de todos los actores.

Esta brillante función terminó con la representación de la pieza nueva en un acto, titulada *Las cuatro esquinas*, y aunque su forma y pensamiento es vulgar y ligero, no por eso deja de entretener por una sola vez.

Hasta otro día que podamos hablar de la

ejecución de *Pan y toros*, y de *Roberto el diávolo*.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

¿QUÉ DICE LA VECINDAD?

Señor público español: en fe de la curiosidad que tiene V. por saber de todo, y principalmente de lo tocante á su fama y opinión, le pido licencia para manifestarle en dos palabras lo que de V. se piensa por esos mundos, con la sinceridad que empleó Maître Jacques con su amo Harpagond. Solo le ruego que no la tome luego con mis costillas por lo que dijera, aunque le escueza y amargue un poco, por dos razones: primera, porque yo no tengo arte ni parte con los zoilos, á quienes detesto y abomino de todo corazón; segunda, porque ya se acabó el tiempo de apalearse á los que dicen las verdades. Harto me duele á mí, como miembro y parte que soy de V., el verle andar en lenguas de las gentes.

Y ¿qué dicen de mí? preguntará V., porque yo tengo las mejores ausencias de mis vecinos. Lo mas que suelo permitirme es honrarlos diciendo: borracho como un flamenco, falso como un turco, interesado como un francés, usurero como un judío, pérfido como un inglés, pesado como un alemán, y otras lisonjas y alabanzas de este jaez que á nadie rompen hueso. No soy amigo de murmurar. El mundo es una jaula en donde caben toda clase de locos. Además que yo no soy nada correnton, ni me entrometo á olfatear vidas de nadie. Así, pues, el mal que diga de otros, mas proviene de ignorancia que de malicia.

Tiene V. razón: ¡dichoso aquel que canta con el autor de los cantares; ¡de la patria al cielo! Allí, al lado del hogar, á la sombra de un alcornoque, mondando bellotas, junto á la iglesia donde nos bautizaron, cercanos al riachuelo, al monte, al valle y al molino en que corrió nuestra edad primera, tocando la zampoña y tejiendo guirnalda á Maruja, no le zumbará abispa murmuradora, ni llegará á sus oídos el *venticello* de la calumnia. Quizás no sabrá que Franklin fue al polo ártico; que Speke se perdió también en tierras ignotas hasta hallar las bocas del Nilo; que Du Chaillu vuelve al interior de Africa en busca de otro ejemplar de la ilustre familia de los Gorillas; y que en un mismo momento se encuentran diseminados por el globo en todas latitudes, infinitos seres que á la vuelta á su patria no saben dónde fue su casa ni dónde los mecieron en la cuna, porque donde era su morada pasa un canal ó una línea férrea, y si va á buscar á su ama y á sus camaradas de la niñez, hallará que aquella de un resuello se plantó en los antípodas y éstos ya han hecho tres viajes de circunnavegación.

Y ¿cui bono? preguntará V.: ¿á qué tanto trabajo y aflicción de espíritu? ¿No podían esos señores sentar el pié y comerse en paz lo que la suerte les haya deparado? Es que aquí no hay mas suerte que lo que cada uno se garbea. Y no esté V. sobre aviso y armado á la moda, que ya verá si se le entra un huésped en su casa y lo anexiona como Doña Catalina se sorbió del mapa una nación entera, que no hay geógrafo que la encuentre, ni píldora que la haga salir del estómago aquilino de la Rusia. Todo esto lo sabe V. tan bien ó mejor que yo, y cuando se le olvidase no tiene mas que examinar su hacienda y ver si le falta algo. Pero lo que V. ignora acaso, es que las naciones en su trato están dispensadas de toda buena crianza. Entrarse unos por las puertas de otros, comer, beber y regalarse, y salir diciendo mil pestes contra sus huéspedes es cosa de cada día. Son como mugercillas presumidas y deslenguadas. No quieren mas sino dominar solas, atraerse las miradas de todos, y triunfar sin rivales. La alabanza propia, de tan

mal gusto en un individuo, es lo mas corriente en una nacion. Somos, tenemos, valemos, podemos, *¿quis sicut nos?* Este es el lenguaje ordinario. Ninguna quiere compartir con otra el cetro de su soberania. El individuo pasa por amar al prógimo como á sí mismo, ó al menos por mirarlo con indiferencia; pero las naciones no tienen todavía decálogo y se muerden unas á otras sin compasion: *Natio nationum luprus.*

Aunque nosotros, como nacion, tengamos estos defectos que le son comunes, no hemos tenido ocasion de mostrarlos. Nosotros viajamos poco, y no sin motivo. ¿A dónde hemos de ir que mejor nos vaya? Tenemos el buen cielo porque todos suspiran; nos rodean infinitas bellezas de la naturaleza y del arte. ¿Qué vamos á buscar por esos mundos? ¿Algun rucio que se nos ha perdido? Pero los adelantos de la civilizacion, pero..... esos ya entrarian por casa, ó mejor dicho, ya nos los meterian para sacarnos el dinero en cámbio; mientras que nuestras bellezas ni las podemos llevar, ni nos pasará tal cosa por el pensamiento.

Aun dado caso que viajemos, no somos tan sábios que en cuatro dias escribamos un libro intitulado: *Impresiones de viajes.* Al diablo con las impresiones; los españoles no escribimos con los nervios sino con el entendimiento. Pero no todos obran con esa discrecion, y mucho menos al hablar de nuestra patria, que como en el mapa tiene la hechura de un cuero de buey, siempre se dejan el rabo por desollar. Ningun pais, en efecto, ofrece tantas dificultades al viajero como España, por la diversidad de caracteres y costumbres de sus provincias, de modo que no basta visitar á Madrid para componer un libro sobre España, como están acostumbrados estos modernos escritores á visitar á París y hablar de las costumbres de Francia, y residir en Londres para reseñar las costumbres inglesas.

Y si fuese esto solo, aun menos mal. La desgracia mayor es, que creyendo que nuestro pais es el rincón de Europa, un *monton de inmundicia* como lo llama el grave historiador Bukle, (que gloria haya), ó temiendo que los bandoleros les asalten, la diligencia se vuelque ó la inquisicion los queme, se entran por una punta y salen por la otra huidos como perros en carnestolendas. Generalmente los títulos que estos sábios dan á sus obras son: «Una vuelta por España,» «Quince dias en la Península,» «De Barcelona á Madrid,» y otras carreras como de baqueta. «Un año en España,» es el título de la obra de un norte-americano imberbe, y sin embargo pasa entre los estrangeros por una *autoridad* respetable.

Así sale ello. Ya está V. al cabo, señor público, de lo que han bostezado los franceses, por no decir otra cosa, al describirnos sus malhadadas expediciones; pero en fin, los libros se componen por autores medio despiertos. Salga, salga V. por esos mundos y oirá lindizas de gentes medio dormidas. Supóngase V. en un coche de primera clase *venant de Pontoise* á París, y como la lengua universal del Sr. Perez Ochando no está en circulacion, se verá obligado á sacrificar el idioma de Cervantes por el de Racine.

—¡Ah! *Monsieur* es español, esclama un pasajero, al extrañar el acento.

—*Tiens, Monsieur* es español, repiten todos, como si tuvieran delante una nueva especie de la creacion.

—Pero.....

—Digame, le interrumpe uno, y así Dios le perdone: ¿se baila el fandango con *castagnettes* en las sociedades de Madrid?

—Pero.....

—*Pardon, Monsieur*, interrumpe otro: ¿Hay todavía autos de fe en las plazas públicas?

—Pero.....

—¡Ah! *mon Dieu!* esclama una jóven; español, español, galán, enamorado.

—*Mersi, Mademoiselle, vous.....*

—Ustedes tocar mucho guitarra, prosigue, y cantar á la ventana de la novia.

—Pero.....

—Y ¿es verdad que las damas llevan navajas de Toledo?

—¿En dónde, señorita?

—*Mais*, en la ligagamba.

—Tiene V. razon, esclama al fin, recordando que viene de *Pontoise*, solo que las navajas no son de Toledo, sino de Santa Cruz de Mudela, y ya la moda ha introducido *sables de caballeria*.

—¡Oh! gritan todos, mirándole con espresion dubitativa.

Y V. queda dando gracias á Dios de ver la ilustracion de los pasajeros de primera clase, y dudando de si hay Pirineos ó un abismo en lo que llaman la *raya de Francia*. Y gracias que no salieron á la colada la *olla podrida*, los *bandoleros*, el *cigarrito*, etc. Ya se vé, en París no hay una guia de forasteros en España de dos tomos y dos mil páginas de *informes útiles*, como la tienen los ingleses, ni un editor Murray, que desde su palacio de Londres, en *Albemarle Street*, lleva el cetro y el imperio de los manuales. Los excursionistas franceses, desde la Condesa d'Aunoy hasta Gauttier y Dumas, fueron viajeros cometas, escribieron poco, y sobre todo *impresiones*, y el francés es *né maliu*, como decia Boileau, que no es malo el sastre que conoce el paño.

Yo no sé, ¡oh calumniado público! qué sea lo peor en esto de disparates; si los de gran calibre que *se ven venir*, ó los que se confunden por disimulados. Me acuerdo haber leído en libros de viajes por España, que en Castilla *se cria poco trigo*; que los madrileños iban al Prado en sus coches *medio desnudos*; que los casados en España *rara vez* tienen mas de tres hijos; que todos los españoles *se vuelven locos* al llegar á los cincuenta años; y que las mugeres españolas no tienen mas cabello que el que compran. Eso del poco trigo en Castilla, cuando esta provincia es el granero de España, y lo de hacer á nuestras damas pelonas, cuando pudieran esclavizar á la Europa con trenzas en vez de grillos, me ha parecido de perlas.

Pero aun hay sol en las bardas. Describiendo un moderno viajero el estanque del Retiro de Madrid, dice, que como los españoles son tan supersticiosos y fanáticos, han puesto cuatro capillas en sus cuatro ángulos. Ahora bien: estas cuatro capillas no son mas que los cuatro cobertizos de las cuatro norias que, puestas en los cuatro ángulos, surten de agua al dicho estanque. ¿Qué te parece, público mio, este moderno D. Quijote? Y luego se espantan algunos de que la bacía le pareciese el yelmo de Mambrino, y los molinos gigantes. No sé como el tal autor no dijo que la casa chinesca era un campanario, y los guardas los anacoretas. Aunque al fin y al cabo, este viajero fue muy discreto. Se asomó por la calle de las estatuas, vió grandes bultos y dijo: capillas son; como Mister Clark, que se paseó por Aranjuez, para decir luego á sus compatriotas, que sus jardines son una *hondonada muerta*. Otros hay, que ni aun se toman el trabajo de ver lo que critican, y con todo describen y cuentan lo que llaman: *Cosas de España*. Así lo dice Mister Foud, el oráculo autor de la famosa guia, que por muchos años ha sido el catecismo de los ingleses. Llega el furor y la moda por libros de viajes, y es preciso hacer uno á toda costa. ¿Sobre qué pais? Sobre España, que es pais sufrido.

(Se continuará.)

NICOLAS DIAZ DE BENJUMEA.

EL HOMBRE Y LA RELIGION.

Esta obra magnífica de la creacion, que llamamos mundo, rodaba ya por piélagos de

luz al rededor del sol, el rey de los planetas; el cielo habia desplegado su límpido manto azul para envolverle, y una lozana vegetacion cubria su superficie, en la cual pululaban multitud de seres animados, que la daban encanto y armonías.

Mirólo Dios y vió que era bueno.

Faltaba todavía una síntesis á aquella creacion, un protagonista, un sér privilegiado, un soberano que la dominase, y á quien sirviesen de escabel sus flores, y de súbditos los elementos.

Tomó un puñado de lodo, y le modeló á su imágen y semejanza, le envió un soplo de vida que puso instantáneamente en accion aquella débil máquina, y dotóle de una inteligencia especial, que le elevó sobre todo lo creado, para que comprendiera la grandeza de su obra, y cantara en su alabanza.

La vida, pues, es un presente de la Divinidad, que despertó en el hombre un sentimiento inagotable como el tiempo, y un pensamiento, audáz como la luz, libre como el aire, inmenso como el espacio.

De la fusion de entrambas facultades, la de ver y la de sentir, resultó la conciencia propia, el Yo de los espiritualistas, el libre albedrío, la libertad.

El hombre desde aquel momento, pensó, comparó, racionó, sobre sí y sobre cuanto le cercaba y libre de toda traba, de toda influencia estraña, consultó á su inteligencia, obedeció á su deseo y se amoldó á su razon.

Salido recientemente de manos del Omnipotente Artífice, se hallaba en el colmo de la pureza, de la energia intelectual, del amor sublime, de la perfeccion.

Era el ángel destinado á vivir en la tierra, ante quien permanecian patentes las maravillas de su omnipotencia, para que con el cuerpo en el mundo, y el espíritu en el cielo, formara el lazo de union, entre el autor y su obra, entre la esencia divina y la materia.

Dueño no obstante de tan profundos arcanos, se enorgulleció con su ciencia, abusó del amor concentrándole en las cosas terrenas y el enojo de su Criador le hundió para siempre en el caos de la ignorancia, en el abismo de las pasiones.

Tenia abierto el sendero de la vida y entraba en él con los ojos velados, andando á tientas, y llevando el corazon fluctuante en un mar de encontrados sentimientos, que habian de estraviarle á su pesar.

No era ya un ángel; era una débil criatura forzada á luchar con infinidad de obstáculos insuperables.

La sonrisa de la felicidad huía de sus labios para siempre, el llanto comenzaba á subir á sus ojos, y el dolor invadia poco á poco las delicadas fibras de su corazon.

Despojado de aquella dicha inefable, legaba á su posteridad una existencia como la suya, limitada, borrascosa, y temible que tendria por primera sensacion un dolor, por primera vez un quejido, por primer paso una caida.

Al verse abandonado y combatido, luchó por recobrar la ciencia y el bien perdidos, asimilándose desde entonces en su alma, ese afán de saber que no se estingue, y ese amor á la dicha que no se sacia jamás; cualidades ambas que constituyen sus esenciales atributos y que existen por consiguiente tan unidos á ella, como la luz al día, la forma á los objetos, el peso á la materia.

La idea de una ciencia suprema nace con el hombre, como el deseo de una felicidad no probada, que busca en todas partes, y sueña sin cesar constituyendo la esperanza, vuelo plácido del alma con que se agita de continuo tras una dicha presentida que vislumbra próxima, y que se aleja á medida que avanza, llevándola así de vuelo en vuelo hasta reclinarse fatigada en la tradicional y segura promesa de la bienaventuranza eterna y del celeste

placer; bienes que pueden gozarse no mas al lado del Señor.

De aquí la tendencia natural, precisa, inescusable de la humanidad hacia un sér oculto y omnipotente, á quien trata de complacer, amor á Dios; la creencia de que existe, fe; y el deseo de conseguir su beneplácito, religiosidad. Como es consiguiente, el hombre no puede vivir sin culto, sin religion, sin Dios.

El primer hombre, lloró amargamente cuando se le cerraron las puertas del paraíso y se vió alejado de su presencia; sus inmediatos descendientes, le consagraron en continuos holocaustos, y así se establecieron aquellas ceremonias adoptadas despues por toda la familia humana que formaron el culto.

El olvido de Dios y el desprecio de estas prácticas, los llevó á perecer en los horrores del diluvio, y renaciendo de nuevo en la estirpe de Noé, se volvió á difundir con los hombres enviados á poblar el mundo en todas direcciones, por la confusion de las lenguas. Con los hijos de Cam pasó la idea de Dios al dilatado continente de Africa, con los de Sem á Asia, y con los de Jafet á Europa.

Aquella idea se conservó ileso por muchos siglos entre los habitantes de algunas comarcas de Asia, al paso que en otras se alteró de tal modo, que apenas quedaba de ella un confuso recuerdo. Los antiguos Patriarcas, que

desde la sombra de sus tiendas divisaban las faldas del monte Ararat donde se consumara el primer sacrificio, despues del general castigo, bendecian á sus primogénitos en el nombre del Señor para que el amor á la Divinidad no se entibiara en los nuevos creyentes, y así se propagó sin decaer nada hasta formar un pueblo, elegido por Dios como el mejor de la tierra. El pueblo hebreo guardó la idea, las tradiciones y las ceremonias en todo su esplendor; desde aquel foco se difundia el culto á los demás continentes, entibiándose á medida que se alejaba como el rayo de luz que surge de un cuerpo luminoso.

Aquella tibieza alteró la tradicion amoldándola al carácter y á las costumbres de los pueblos. La indolencia y la contemplacion de los chinos la vistieron de fábulas ridículas, la imaginacion ardiente de los griegos, la estendió á cuantas cosas creyó superiores, ó amó con delirio, estableciendo el politeísmo, y la incuria de los salvajes, la llevó á su capricho á los astros y á las piedras estableciendo la idolatría.

Al paso que las masas se embrutecian, el espectáculo del Universo bastó para restaurar en algunos géneos predilectos las sagradas creencias. La voz de Platon se levantó enérgica de aquel caos para descorder el velo que las cegaba, y fué oída con desden; el heroísmo

de Sócrates, sucumbió al narcotismo de la cicuta, y apagadas aquellas antorchas que encendiera la filosofía, su decrecimiento marchó adelante hasta caer en la barbarie de los hijos de Edom.

Para volverlas á restablecer, no bastaba ya la ciencia, se necesitaba un solemne sacrificio, y el Hombre-Dios se prestó contento á escribir con su sangre las páginas de la suprema doctrina, y curar el mundo de la impiedad, lepra mortífera que prometia acabar con todo el género humano.

Desde la cumbre del Gólgota, pendiente de una cruz, y agonizando de dolor, vertió los mas sublimes preceptos de su dogma, para que desde allí se extendiesen á todo el mundo, y se convenciese la incrédula multitud, con un ejemplo terrible, cruento, y mezclado de prodigios; el mundo estaba corrompido, desquiciado, y quiso redimirlo á costa de su sangre.

Doce hombres sacados de la plebe, ignorantes, pobres, humildes, fueron los depositarios de la ciencia divina; y por mandato suyo se diseminaron por todas las naciones, llevando á todas partes la levadura de su palabra y la sal de su sabiduría, para que germinase sin corromperse, dejándonos á su muerte como un monumento de su obra el libro del Evangelio.



VISTA DE LA LAGUNA (ISLA DE TENERIFE).

La restaurada doctrina encontraba do quiera creyentes adictos y enemigos encarnizados que la combatían á muerte; mas no por esto se desvirtuaba; la cordial convicción con que la abrazaban, congregó á los neófitos en la lobreguez de las catacumbas, y llevó los mártires á morir, con la sonrisa en los labios, á las arenas del circo.

Cuando Constantino el Grande, convertido al cristianismo por su madre la emperatriz Elena, permitió el culto cristiano, el entusiasmo religioso surgió de los subterráneos, llevando como en derredor un ambiente regenerado y purísimo que todos anhelaban respirar, cansados de vivir en los confines del vicio y de la corrupcion, á la sombra del paganismo: á su impulso se levantaron por doquiera basílicas y catedrales suntuosas, donde perfumada con incienso se levantaba la oracion, y se fundieron héroes para defenderla, como D. Pelayo, el Cid, Juana de Arco y Godofredo de Bullon. Por él salieron tres carabelas del puerto de Palos, en busca de nuevos mundos, y en pos de ellos se lanzaron multitud de creyentes para difundir por aquellas salvajes regiones, como nuevos apóstoles, la divina palabra.

Con el cristianismo, que es la verdadera religion, vivirá eternamente y sin alterarse la idea de Dios; él satisface del todo el amor que sentimos hacia la Divinidad, y calma el afán de todos los corazones con la promesa de una eterna felicidad.

Negar á Dios es negarse á sí mismo. Amar á Dios es llenar una necesidad que nace con nosotros, que emana de El y á El conduce.

Si no fuese así, habria un estravismo, una contradicción en la naturaleza, y la naturaleza no puede contradecirse, sin trastornarse el órden general del universo.

JOSE N. GARNELLO.

PASION DEL AMOR.

Seguramente que nuestros lectores habrán oído hablar muchas veces del amor. Este suele ser el tema obligado de las conversaciones semi-íntimas entre jóvenes de ambos sexos; aunque en honor de la verdad, justo será añadir que en los torneos galantes de noveles y experimentados amadores, se hacen con frecuencia tiernísimos idilios y sabrosos co-

loquios que, luego en edad provecta, recordamos como inocentes devaneos; pero de aquí adelante no pasa la generalidad. Hay, sin embargo, una distancia inmensa del amor, mas ó menos formal, á la pasión del amor, que es la que ahora nos proponemos estudiar.

Por lo que á nosotros toca, nos adelantaremos á decir que, habiendo llegado á la edad en que la reflexion se une inmediatamente á todas las impresiones, y persuadidos, como estamos, de la preeminencia que en absoluto corresponde á las facultades del sentimiento sobre las intelectuales, no pueden menos de conmovernos y hacer fijar nuestra mirada compasiva esas pobres enfermas del corazón, de quienes la sociedad huye ó se burla, segun que presentan un carácter impetuoso y arrollador, ó resignado é inofensivo. Estas infelices almas ardientes, empiezan por juzgarse solitarias en medio del mundo, entréganse luego á las esperanzas quiméricas de un bello ideal perfecto, y concluyen por elegir un hombre á quien adornan con todas las cualidades románticas que sueñan sus fantasías, para adorarle despues con ese culto exclusivo, espiritual y exaltado que constituye la ceguera y acaso también la grandeza del sexo débil. Conveni-

mos en que la muger, por lo general, no sabe hacer de la vida dos porciones, una para lo presente, otra para el porvenir; la una toda real y domada; la otra espiritual, toda libre, toda divina. Pero eleva, embellece y espiritualiza tanto al hombre que ama, que, si algun día la ilusión se desvanece, porque un gran desengaño ó la muerte le priva del objeto amado, su espíritu se encuentra á bastante altura para gozar de las visiones beatíficas, por muy poco que se incline á la resignación. El alma de estas amantes doloridas vive en el cuerpo amado, y cuando éste desaparece, suele remontarse con su amor al cielo.

No es ahora nuestro propósito hacer un trabajo erudito, que, si tal fuese, nada nos sería tan fácil, á pesar de nuestra escasa instrucción, como demostrar con datos históricos irrecusables que, las familias de los héroes, de los génios y de los santos, en todos los tiempos y en todos los lugares, han pertenecido á una sola familia; la de los apasionados. Quitad á los Santos su pasión del infinito, quitad á los sábios su pasión de renombre, quitad á los guerreros su pasión de la gloria, quitad á los políticos su pasión de dominio, quitad, en fin, á la muger su pasión del amor, y suprimís de la historia á San Pablo y Alfonso X, á Carlomagno y Richelieu, á Safo y á la sublime redimida María Magdalena. Pero, ¿qué decimos? Habreis hecho desaparecer de la tierra al Hombre-Dios, puesto que el Cristo no es mas que una Pasión, cuyo fuego divino hace XIX siglos que se infiltra, se estiende y se apodera de las entrañas mismas de la humanidad.

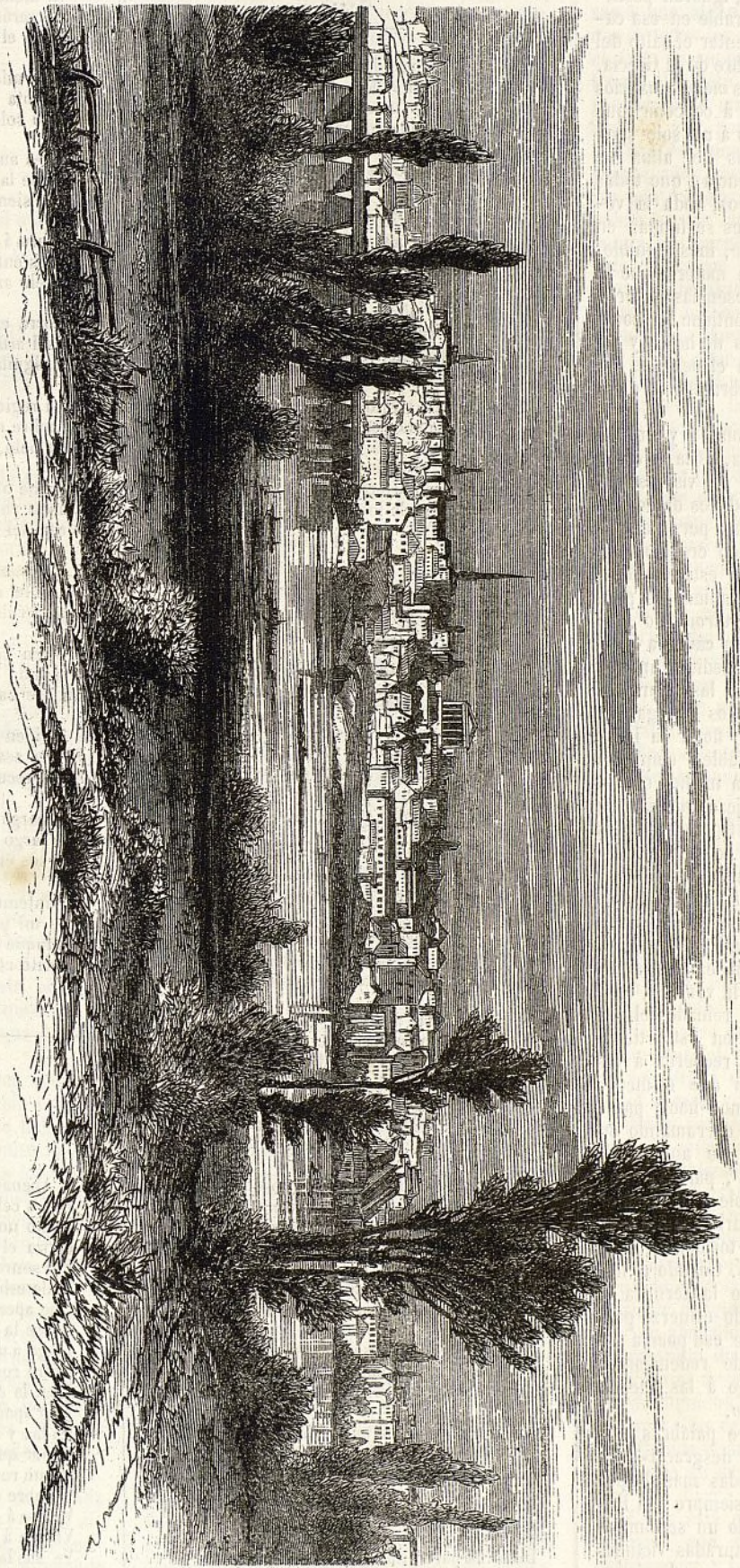
Empero ya hemos dicho que nuestro propósito no se estiende hoy á tanto. Al trazar estas líneas, llevamos por objeto único el bosquejar algunos rasgos de ese amor apasionado

que esconde su grandeza en lo mas hondo del pecho, en el lugar recóndito de las adoraciones que forman el arca santa de nuestra vida. Fuerza es convenir que, en esta clase de pasión, pertenece á la muger la palma. ¡Cuán-

ello en forma enteramente suya. Mientras que el hombre, en su eterna inclinación á abstraer, va despojando sin descanso lo ideal de su forma concreta, la eterna compañera del hombre y su mitad, toma sin cesar de sus manos este ideal mismo, y lo obliga á refluir de nuevo en el mundo sensible. El hombre elabora la idea; la muger la engendra en forma humana. ¿Cuál de los dos obra mas acertadamente en este doble trabajo de abstracción y edificación? Creemos que el hombre va mas directamente á la fuente de toda pureza; pero bajo un punto de vista meramente humano, es indudable que ambos procedimientos pecan de viciosos por lo estremados. La verdad ocupa un lugar equidistante de toda exageración. *In medio virtus, in medio veritas.* Cuando se obra fuera de este centro, cuyo círculo se forma por ese ente impersonal que se llama sentido común, juez inapelable en la vida práctica, puede afirmarse que existe extravío de razón. Tratemos de analizar las causas que conducen á los extremos de una pasión.

Al ver que con una misma frase se pueden espresar cosas diversas, y aun contrarias entre sí, puesto que las unas merecen lauro y las otras reprobación, hemos procurado indagar la causa oculta de esta aparente anomalía, y creemos, con modestia sea dicho, que alguna vez hemos tocado la dificultad, descubriendo, ora grandes analogías recónditas, ora una perfecta identidad de origen. Hacemos estas observaciones con aplicación directa á la palabra *pasión*, palabra que, así puede denotar el móvil de las acciones mas elevadas como el de las mas vergonzosas bajezas. Y sin embargo, no vacilamos en decirlo, en ambos casos, los agentes primeros son idénticos, son los mismos: un extraordinario desarrollo de las facultades perceptivas, y, como anejo á estas facultades, una exquisita sensibilidad. Con estas disposiciones naturales, y dada la organización débil y tierna de la muger, los esfuerzos de la

voluntad, que es el mediador sensato de nuestro ser, quedan pronto anulados, rompiéndose el lazo armónico que temple y regule las acciones al compás mesurado del buen sentido. La pasión en estado latente, ó dicho con mas claridad, predisposición á las pasiones, puede asegurarse que es una cualidad



VISTA DE RICHMOND (VIRGINIA).

tas veces esta palma es de martirio! A ellas, pues, se refieren principalmente las observaciones que vamos esponiendo.

Mongin—á quien en este momento nos permitiremos compendiar—ha dicho que la muger participa de todo lo que es propiedad esencial de la humanidad; pero participa de

nativa, un germen *constitucional* con que vienen al mundo algunas criaturas; que, en el vasto campo de la humanidad, así como en el reino vegetal, nace la sensitiva que se pliega al soplo del mas tibio ambiente, y el cedro robusto que desafía los huracanes y las edades desde las cumbres gigantescas del grande Líbano.

Las *austeridades* de salón, ignoran positivamente cuánto hay de admirable en esa calentura poderosa que hizo intentar el salto del Léucades á la muger mas célebre de la Grecia. Las naturalezas mediocres, los *metodistas* frios y acompañados, no alcanzan á concebir que todos los sentidos se reduzcan á un solo sentido, que todas las potencias del alma se concentren en una sola potencia, que todas las tendencias, todos los deseos, toda la voluntad, todas las inclinaciones se fundan en una sola aspiración, ardiente, inextinguible, inmensa, que haga estallar la materia que la encierra, bien así como las esencias poderosas rompen el vaso que las contiene, ó como esas hermosas flores cargadas de hojas y de aromas que, abrumadas con el peso de su propia riqueza, rinden y quebrantan el débil tallo que las sostienen.

Padeecemos varias aprensiones, y una de ellas, quizá la menos infundada, es la de creer que así como existe un punto de vista superior para juzgar con probabilidades de acierto sobre los acontecimientos y las personas en materia de amores, así también creemos que es indispensable para llegar á esta elevación de juicio, forzar nuestro entendimiento para que, por medio de un *efecto retroactivo*, se impregne, por decirlo así, de la cándida lucidez de la inocencia. Es por desdicha un hecho cierto de toda certeza que las impresiones vagas y dulcísimas que nos halagan en la primera juventud, haciendo flotar la inteligencia entre esperanzas inefables, empiezan á desvanecerse y extinguirse, á medida que el discernimiento adquiere esa fijeza *matemática* que requiere el trato de nuestras sociedades modernas. Tal es la prisa que se dá la juventud actual por salir de la edad de las ilusiones, y entregarse con *alma, vida y corazón* al culto de lo *positivo* que, gracias si en el plantel de los diez y nueve abrieses se encuentra alguna espiga humana, cuyo aroma no esté agostado por los hielos del cálculo y de la vanidad, esos dos ministros cacoquímicos del reinado del oro que atravesamos. ¡Ay! ¿Quién en estos tiempos de malhadada precocidad, recuerda á los treinta años aquellos dias en que el menor descuido de nuestra amada nos hacia pasar noches eternas de insomnio, derramando en silencio lágrimas tristísimas de angustioso y prolongado afán? Pues bien, para vislumbrar siquiera ese foco terrible y devorador que se llama pasión, es necesario cuando menos recordar con viveza los tormentos *deliciosos* de los primeros amores. Cuando el hábito ú otra causa ha embotado la ternura en nuestro corazón, es inútil todo esfuerzo para comprender la grandiosidad de ese poema del amor, cuya primera página de redención se escribió con lágrimas de fuego á las puertas ya cerradas del *paraíso perdido*.

Ahora, lector amado, cuatro palabras para concluir. Si por fortuna ó por desgracia—que estas son cuentas para ajustadas mas despacio—, han huido de tí para siempre las ilusiones del amor, yo te demando un sentimiento piadoso para esas desventuradas víctimas que despues de entregar su corona de virgen en manos de un infame seductor, han llegado estraviadas por la primera culpa hasta la mas honda sima de abyección. Acuérdate que por muy bajo que la criatura humana siente su pié, aun puede un rayo celeste iluminar su frente, y que es anticristiano y cruel, grabar sobre la cabeza abatida del infortunio, la terrible inscripción puesta por el Dante á la entrada del infierno:

Abandonad toda esperanza.

No queremos la impunidad para el delito; pero suplicamos la caridad que redima al delincuente.

ENRIQUE VIVANCO Y MENCHACA.

Á....

Es tu nevado cuello
Como rico vellón de blanca nieve:
Dorado es tu cabello
Que riza juguetona el aura leve,
Como en la azul esfera
De la naciente aurora
Las hebras de su blonda cabellera.

Su azul dieron al cielo
Las cándidas pupilas de tus ojos;
Y son tus dulces lábios
En gruta de coral, claveles rojos.

Es tu talle palmera del desierto
Que el cefirillo mueve;
Y perdida en los pliegues de tu falda
Tu planta asoma diminuta y breve.

En tu virgíneo seno
Sus purezas vertiera la paloma,
Y ese tu dulce aliento
Exhala el ámbar de tan dulce aroma,
Que dudo si eres flor, flor escogida
Ó estrella de los cielos desprendida.

TEODORO MARTEL.

A. G.***

Contestacion á su poesia

LA PRIMAVERA.

Poeta, de tu voz al tierno acento
Que brota entre raudales de armonía,
La paz del corazón revivir siento.

¡Quién cánticos de amor y de alegría
Como los tuyos entonar pudiera!
¡Quién te igualara! La desgracia impia

Secó mi fresca inspiración primera
Y el ardor apagó con que cantaba
La del alma perpétua primavera,

Hoy con esta ansiedad que nunca acaba,
Con este afán inquieto del deseo
Que por mis venas difundió su lava,

Las ilusiones marchitarse veo
Que eran mi dicha, mi celeste encanto,
En la edad juvenil del devaneo.

No al cielo puedo el armonioso canto
Elevar como tú, que esa ventura
Vivir no puede entre congoja y llanto.

La paz del alma, la inocencia pura,
La fe del corazón, tienen su nido
Bajo un toldo de flores y verdura

Que alegra el ruiseñor con su querido
Dulce canto de amor, y agita el viento
Apagando en las ramas su gemido.

Mas para mí que en bárbaro tormento
La esperanza y la fe perdí en un día
Y que incapaz de reluchar me siento,

Solo hay goce en mirar la nieve fria
Cayendo á copos sobre estéril suelo,
Desde la parda nube, que sombría

Cubre con manto de vapor el cielo,
O del hogar junto á la móvil llama
Dar á mi triste fantasía vuelo.

Mientras el aire en la desnuda rama
Silba, arrastrando las marchitas hojas,
O entre las quiebras de los montes, brama.

Que imagen de mi pecho y sus congojas
Es el invierno, y en mirar disfrutó
Yo su aridez, con las pupilas rojas.

Trovador de desgracias y de luto
Allí canto mejor, en donde ostenta
El árbol del pesar su amargo fruto.

Feliz mil veces tú, que en la violenta
Lucha entre el bien y el mal has alcanzado
Salvar la fe que al corazón alienta.

Al menos la existencia sosegado
Recorrerás, mirando sin enojos
Plácido el porvenir sino dorado.

Mas misero de mí, de cuyos ojos
No brota el llanto precursor de calma
Y vivo solo entre ansiedad y antojos.

Pues aunque logre en el amor la palma,
Aunque la gloria su laurel me ceda,
Avara siempre llorará mi alma.

¿Pero á qué suspirar? La brisa leda
Cantos entona entre el ramaje umbrío,
El cielo azul al porvenir remeda,

Corre entre flores desatado el río,
Un sol ardiente la campiña dora
Y el águila caudal surca con brío

La region del espacio. ¿Por qué llora
Mi pobre corazón? ¿Por qué delira
Si el cielo, el campo, el sol, todo enamora?

Dame otra vez la destemplada lira,
Púlsela yo y el postrimer acento
Brote del pecho que cansado espira.

Lleve en sus alas mi canción el viento
De valle en valle á la desierta playa,
Que arrulla el mar con su rugir violento.

Y en tanto el alma en languidez desmaya,
Y hundo en el polvo la abatida frente,
En ese canto confundido vaya.

Al bien pasado, mi dolor presente,
El eco sea de mi fe perdida,
Dulce recuerdo de un amor ardiente.

Amarga queja de mi triste vida
Que largo tiempo la esperanza vana
Con sus engaños tuvo comprimida.

Cantemos hoy, aunque el dolor mañana
Deje mi pobre corazón deshecho,
Y aunque acompañe á esa canción liviana
El grito ronco de mi herido pecho.

FELIX PIZCUETA.

ROMANCE.

I.

Apenas el sol asoma
Entre celages de grana,
Como una garza ligera
Cruza el valle una zagala.
Faz sonrosada y alegre
Talle esbelto, breve planta
Que apenas la huella imprime
Sobre la menuda grama.
Llega á una fuente escondida
Entre rosales y acacias
Y en la concha cristalina,
Que apacible la retrata,
Su faz y mira sonriendo
Al par que un suspiro exhala.
De un rosál coje un capullo
Y sobre el seno le guarda...
Vuelve á mirarse en la fuente,
Vuelve á suspirar, y escapa,
Ve sus labios la sonrisa
Que el rostro llena de gracia,
Y desaparece ligera
La niña como una garza...
¿Que tendrá, dicen las flores?
«Amor» responde, murmurando el aura...

II.

Apenas el sol descende
Entre celages de grana
Pausada, como una sombra,
Cruza el valle la zagala.

La tristeza y la hermosura
 Como si fueran hermanas
 Adonan, pálido el rostro
 Y lánguida la mirada.
 Llega á la fuente escondida
 Entre rosales y acacias,
 Las rosas mira, y no coge,
 Y al contemplarse en las aguas
 Que de la fuente en la concha
 Apacibles la retratan,
 Por sus pálidas mejillas
 Al fondo ruedan dos lágrimas.
 Canta el ruiseñor un trino
 Dulcísimo entre las ramas,
 Y al par la niña suspira
 Y de la fuente se aparta,
 Y desaparece cual sombra
 Que en el horizonte pasa...
 ¿Que tendrá? dicen las flores.
 «Amor,» responde murmurando el aura.

EDUARDO ATARD.

ENSANCHANDO LA CABEZA

SE HA EXPROPIADO AL CORAZON.

(Conclusion.)

Pero este momento no ha llegado aun, y lo que llegó fue la muerte del rico hacendado, y con ella la venida á la corte del jurisconsulto, instigado por su madre, señora un tanto picada de las ideas modernas, para que se hiciera diputado.

—Sábio eres, dinero no te falta, sacude el encogimiento con que te han criado tu padre y tu tío, y no te detengas hasta que llegues á ser ministro, como lo ha sido, sin valer tanto como tú, el hijo de Doña Tomasa, cuya fantasía tiene, como sabes, irritado todo el lugar.

Con estas palabras despidió la madre al joven abogado Venancio Almendruco, dándole al partir su santa bendición, y letra abierta para que gastara cuanto hubiera menester hasta eclipsar al hijo de Doña Tomasa.

Los primeros pasos del joven Venancio en la corte, fueron pasos de carreta, y mas de una vez tuvo el pensamiento de volverse al lugar, arrepentido de haberle abandonado; pero pensaba en su madre y en el hijo de Doña Tomasa, y se resignó á vivir en Madrid, aunque como esperaba, le quitasen la vida el bullicio y las emociones que á cada paso experimentaba.

Y sin embargo, cuando el joven abogado renegaba de la corte, aun no habia entrado en ella, ó mejor dicho, ella no se habia hecho cargo de él, y solo cuando quiso buscar la amistad y la fe y la palabra de los hombres honrados y otras varias chucherías morales, que él creía que la civilización le serviría en bandejas de oro, fue cuando empezó á conocer lo que era la corte. Pero entonces ya le habia pasado el aturdimiento que le produjo la algazara industrial de la población; subía por la mecánica sin marearse; no le quitaba el sueño, como en las primeras noches, la magia con que se veía servido en su cuarto, donde no parecia sino que los muebles le adivinaban los pensamientos, y ya se encontraba como nacido en la turbulenta civilización material de la corte.

Los bailes, á que asistía con demasiada frecuencia, los teatros, los paseos, y las diversiones de toda clase, eran ya de todo punto familiares al joven Venancio, y cuando pensaba en que todo aquello habia existido, mas ó menos perfecto, en vida de su padre, y que el buen señor habia muerto sin verlo, se avergonzaba de que tal cosa hubiera sucedido, y escribía á su madre unas cartas, tan llenas de admiración y de entusiasmo, que la buena señora estuvo á punto de vender la casa y los rebaños y las tierras, para venir á gozar las maravillas del nuevo mundo que su hijo acababa de descubrir.

Y éste mientras tanto, pareciéndole imposible que donde á tal grado de perfección habia llegado lo mas, no anduviese de sobra lo menos, pensó en buscar un amigo y un amor, con quienes compartir aquellos placeres, y en quienes desahogar su corazón preñado de emociones, y entonces fue cuando dieron principio sus verdaderas amarguras y cuando la corte le dió el terrible desengaño.

En vano bebía los vientos por encontrar un amigo leal y franco en quien depositar todos los afectos y todo el cariño, que repartía en el lugar con todos sus convecinos.

El dueño del hotel en que se alojaba, sobre no parecerle, por su categoría industrial, á propósito para amigo, ni siquiera habia tenido la atención de preguntarle cómo se llamaba, sino que en las cuentas y en cuantas ocasiones tenia que nombrarle, lo hacia con el número de la habitación que ocupaba; las personas que estaban á su lado en el teatro, no le devolvían el saludo; los compañeros de fonda le veían en la calle como á un extraño; los de la mesa redonda, no le guardaban la menor atención; el banquero donde tenia sus fondos, le habia recibido como el fondista, con grandes cumplimientos, pero siempre que iba á visitarle, con ánimo de estrechar con él sus relaciones, le preguntaba qué le ocurría, y le despedía cortesmente, diciéndole que tenia que hacer; y hasta el médico que le asistió en una ligera dolencia, y á quien creyó razonable y político hacer una visita de agradecimiento, se la puso en cuenta al cobrarle las que él le habia hecho en la fonda. En cuanto á los electores, el mas expansivo fue el fabricante de agua de Colonia, porque los demás, despues de haberle cobrado el voto, le miraban con extrañeza cuando los saludaba en la calle.

El amor era ya el único bálsamo que el joven jurisconsulto anhelaba encontrar para dar pasto á su entusiasta corazón, y aunque tambien para amar sentía la necesidad de un amigo, á quien hablar del objeto amado, todavía se resignó á enamorarse por sí propio, y esto sí que le fue fácil conseguirlo.

Venancio vió muchas mugeres, y siguió con la vista á la mitad y á otras tantas, pero solo se enamoró de una. De una que á él le pareció la mas hermosa, la mas discreta, la mas elegante y la mas amable de todas las mugeres nacidas y por nacer.

Por supuesto que desde que la vió se propuso amarla, como él creía que su abuelo habia amado á su abuela, su padre á su madre, su tío á su tía y todos los buenos maridos á sus mugeres.

Despues de haberla seguido por todas partes, sin atreverse á hablarla, y echando de menos, con mas amargura que nunca, el apoyo de un amigo, que le informara de quién era aquella muger, ó le presentara de visita en la casa, acudió á la pluma y consultando una docena de libros de amor, la declaró el suyo en una carta tiernísima y apasionada.

Con este papel, de color de rosa por cierto, perfumado y con varios adornos esquisitos en el sobre, se lanzó Venancio á la calle, y paseando la de su amor, se puso á pensar en la manera de entregar el billete.

Los criados de ambos sexos, que entraban y salían en la casa, no se daban á partido, ó no entendían ni las toses, ni los guiños, ni las señas, que el abogado les hacia con el billete, y una moneda de cien reales. Acostumbrados á que cada cual en la corte viva como le acomode, vista como mejor le parezca, y haga en la calle lo que sea mas de su agrado, ni siquiera fijaban su atención en lo que hacia Venancio; cuyo aturdimiento y cortedad formaban gran contraste con la indiferencia de aquellas gentes.

Mientras el enamorado galan se ponía colorado como un pavo, cada vez que alguien entraba ó salía en casa de su amada, y apre-

taba el paso y se tapaba la cara, como si estuviera cometiendo algun crimen, las gentes pasaban por la calle con la mayor indiferencia, y ni siquiera la portera, cuya sonrisa buscaba solícito cada vez que pasaba por delante de ella, se habia apercibido de su presencia diaria en aquel sitio.

Cansado, por fin, de esperar horas y horas á que algun criado entendiera las señas que á todos les hacia, y temiendo malograr el éxito de su pasión, con la tardanza en entregar el billete, hizo un esfuerzo supremo, y pasándose la mano por la cara, se decidió á abordar á la portera.

Era ésta una muger de poco mas de cincuenta años, enjuta, seca y aun amarilla como una pajuela, de las que en 1800 se colgaban en las cocinas de todas las casas, y cubria sus carnes con un tonelete negro, ceñido al cuerpo por un cinturón encarnado, pantalón bombacho, del mismo color que el vestido y galonado de encarnado, botas altas de becerro blanco, y un ros negro con cinta del propio color que los adornos del tonelete; completando el traje un escudo de metal con el número de la casa, que era el 33,579. Su habitación era un kiosco de cristales, en el cual no habia mas muebles que una silla, con un tablero por delante, sobre el cual habia abierto un gran libro; en el que escribía la portera cuando Venancio se acercó á hablarla.

—Dios guarde á V., señora, la dijo balbuceando y encendido de rubor como una doncella del siglo pasado.

—¿Qué se os ofrece? le preguntó secamente la portera sin moverse de su asiento.

—Quisiera atreverme á pedir á V. un favor, replicó en voz baja y con ademanes misteriosos el joven amante.

—Hablad, y no me deis tratamiento.

—¡Tratamiento! exclamó Venancio, sin comprender lo que aquella muger queria decirle.

—¡Pues es claro! Me habeis encajado dos veces el *usted*, como si viviéramos en el siglo pasado.

—Perdonad, repuso el joven, recordando que al llegar á Madrid le habian dicho que estaban suprimidos todos los tratamientos.

Y sacando del bolsillo, con mano trémula, el billete y la moneda de oro, puso ambas cosas en manos de la portera; pero ésta, que era tan ligera de vista como de carnes, miró rápidamente el sobre, y antes de que Venancio acertara á decir una sola palabra, le devolvió la carta y la moneda diciéndole:

—No es para mí; es para la señorita de la casa; allí está el buzón de la correspondencia.

Indudablemente que si el amor no hubiera echado tan hondas raíces en el corazón del joven amante, la respuesta de la portera le habria hecho saltar de coraje. ¡Cuidado con suponer que todo un billete, que á la legua se conocía ser una declaración de amor, podría ir dirigido á la portera! ¿Y por quién? ¡Por un abogado de la Universidad de Sevilla, presunto diputado á cortes!

Pero el amor no le consintió otro arranque de dignidad, que el de morderse los labios y arquear las cejas, ofreciendo en secreto al dios Cupido el sacrificio de aquella humillación y bajando su orgullo hasta el oído de la portera, la dijo:

—Claró está que es para la señorita; pero quisiera, que dignándose aceptar esta corta gratificación y segura de mi eterno agradecimiento, se la entregáseis, con la cautela propia de estos casos.

—¡Caballero! dijo la portera un tanto sobre sí, pero continuando sobre su asiento. ¡Sabeis con quién estais hablando! ¡Sabeis que puedo perderos si doy parte, como deberia hacerlo, de vuestra proposición!

—Es que yo, contestó aturrido el joven, vengo con buenos fines, y si huyo de que lo sepan los padres de la señorita....

—¿Y qué me importa á mi de los padres! repuso la portera. ¡Soy yo por ventura una de aquellas antiguas guardianas de portales y de escaleras, chismosas de oficio, asalariadas por los dueños de las casas! ¿No veis mi uniforme? Yo soy un empleado del ministerio de la Estadística, que tengo aquí la misión sagrada de llevar un registro exacto de todo lo que ocurra en la casa á mi vista, sacando un duplicado para el ministerio de Policía. Con que dejadme en paz y echad vuestra carta al buzón.

—Os vuelvo á pedir mil perdones, señora empleada, dijo Venancio, acometido á la vez de la vergüenza y de la risa, pero si echo la carta al buzón la cogerá la madre.

—¿Y qué importa que la coja?

—Que la abrirá y se enterará de su contenido.

—Cómo ha de abrirla, repuso la portera, si el sobrescrito no va dirigido á ella.

—Ya, pero como es madre...

—¿Y qué tiene que ver que sea madre, para abrir las cartas de su hija! ¡Pues no faltaba mas, sino que así se violara el secreto de la correspondencia, que el Código garantiza á todos los españoles!

—Yo creía, que como la niña es menor de edad...

—¡Menor de edad! repuso la portera sorprendida. ¡Menor de edad! No entiendo lo que queréis decir..

Venancio no sabia qué pensar de lo que estaba oyendo, y antes de decidirse á depositar la carta en el buzón que habia á la puerta exterior del portal, dijo:

—¿Conque vos me asegurais que nadie mas que la señorita abrirá la carta?

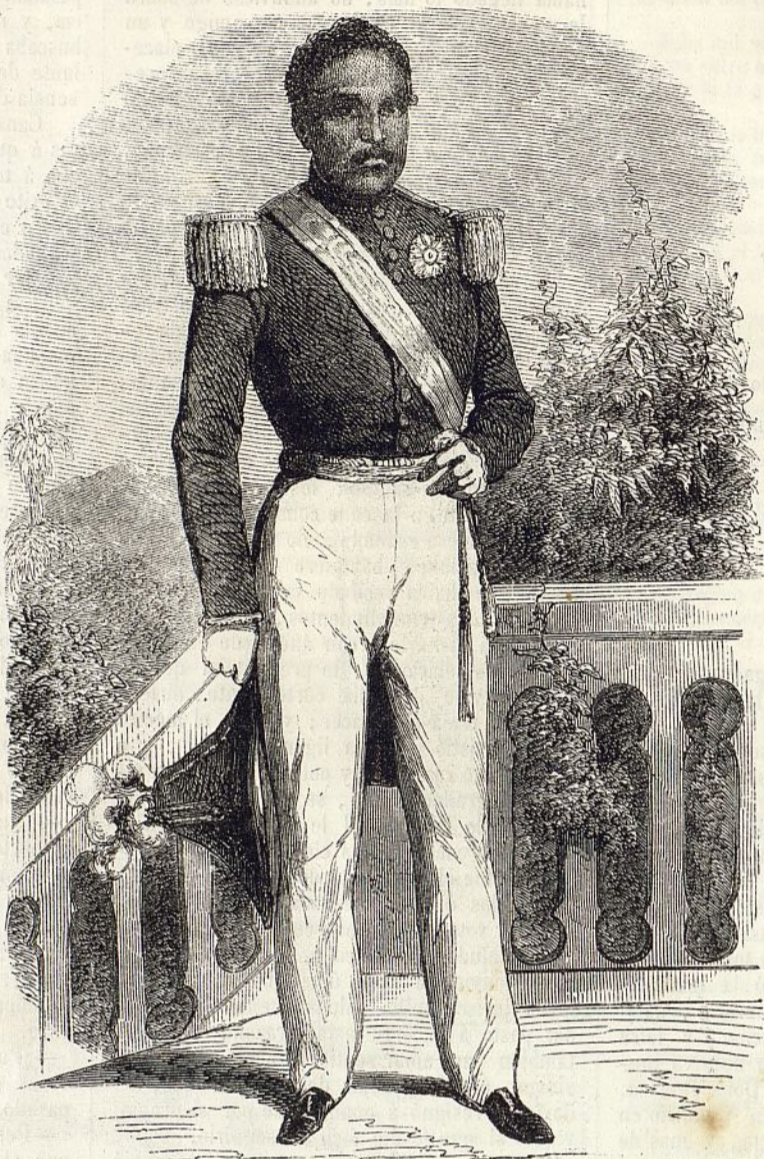
—Nadie mas; y si lo que no es posible, sucediera otra cosa, y la niña me diera una queja, yo lo pondría en conocimiento del ministerio y la madre tendría que sentir.

Tentado estuvo el jurisconsulto de rasgar la carta, y dirigirse al hotel para hacer otro tanto con todos sus libros de jurisprudencia; pero la pasión amorosa fue mas fuerte que la pasión por la ciencia del derecho, y se resolvió á echar la carta al correo, no sin que le temblara la mano, y sin que en el acto de haber soltado el billete, se arrepintiera de lo hecho.

Y saludando cortesmente á la portera, que, ocupada en escribir sobre el gran libro, apenas le devolvió el saludo, salió de la portería, á pasar una eternidad de angustias hasta saber el resultado de su declaración.

ANTONIO FLORES.

Por todo lo no firmado:
VERONIMO FLORES.



S. M. RADAMA II, REY DE MADAGASCAR.

dos primeros meses del presente año, ó el derecho de adquirir las fotografías de los cuadros de los Sres. Gisbert y Casado, á la mitad de precio, á eleccion de los suscritores.

Fotografías en gran tamaño de los cuadros de los Sres. Gisbert y Casado.

Con objeto de que todos nuestros suscritores puedan tener á mas bajo precio de la venta las fotografías indicadas, hemos hecho un convenio con el fotógrafo de Madrid, Sr. Laurence, por el cual podemos darlas á los siguientes precios:

Fotografía del cuadro del Sr. Gisbert: desembarque de los puritanos, 20 rs.

Copia del cuadro del Sr. Casado: la rendición de Bailén, 24 rs.

Para los no suscritores, 26 y 30 reales.

Los suscritores que abonen en todo el mes de Febrero el importe de un año de suscripción, pueden obtenerlas por la mitad de su precio.

Se admiten pedidos en la administración central, plaza de San Jorge, 3, y casa del Sr. Carboneros, calle de Caballeros, núm. 1.

SOLUCION
del geroglífico publicado en el número anterior.

En el ataúd del avariento el diablo yace dentro.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.



Los señores suscritores de fuera de Valencia que han hecho pedidos de suscripción, se servirán remitir el importe del trimestre antes de finalizar el presente mes, evitándonos de este modo el giro de costumbre.

REGALO Á LOS SUSCRITORES.

Una colección de vistas de la inundación de Alcira, á los que abonen el importe de un año de suscripción, en los